



Adivinanza

Es la reina de los mares
Su dentadura es muy buena,
y por no ir nunca vacía,
siempre dicen que va llena.

La Sirena de Ulazapa

Hace mucho tiempo, cuando la tierra era joven, El Salvador no existía.

Yo recuerdo haber visto en el Museo Británico un mapa de América de antes del Diluvio. Están América del Norte y América del Sur, pero falta Centroamérica.

Eso vino después. El planeta, sometido a grandes cataclismos, alzó volcanes que yacían en el fondo del mar, y surgieron sombríos y terribles como dioses severos. Así se unieron el Norte y el Sur. Hasta hace poco el volcán de Izalco todavía iluminaba el Océano con su fuego, y los aerosoles de Ahuachapán, circundados por un río de agua hirviendo, dejan escapar aún hoy chorros de agua azufrosa y humo.

Pero vinieron las grandes lluvias. Podemos imaginarnos esas tempestades terribles, con cien rayos brillantes como una batalla de astros, y el mar que subía y descendía, y los peces que no sabían a dónde iban a ir a parar.

Después los tiempos se calmaron. La tierra se volvió

verde y fértil, y vinieron los venados, los quetzales y los osos hormigueros. Los cráteres se convirtieron en lagos, donde pasaban los barquitos como pensamientos. Porque habían



venido hombres del Norte, que sabían cazar y pintaban imágenes en las grutas, y conocían el secreto de la navegación.

Pero quería hablarles de la Laguna de Ulazapa, o mejor, de la Sirena que ahí vivía, joven descendiente de esos tiempos remotos.

Era morena y pequeña, y los especialistas dijeron que su cola era de *diapterys aureolus*, que es un nombre en latín que quiere decir mojarra.

Muchos jóvenes se enamoraron de ella.

Cuando ella salía a las rocas de la orilla a ver la luna, su enamorado le hablaba. Pero ella no entendía el lenguaje de los hombres. Contestaba con palabras melodiosas, que nadie entendía tampoco, y se iba nadando por el río.

Uno a uno la seguían los jóvenes,

y morían inevitablemente ahogados.

Eso, es por lo menos es lo que cuentan los lugareños.

Pero yo sé que es malo hablar de las gentes dejándose llevar sólo por lo que a uno le han contado, y decidí investigar.

Estudie el lenguaje de las sirenas, y me procure un

diccionario escrito sobre hojas de plátano. Así, provisto de mi diccionario y una grabadora de bolsillo, me fui una noche de luna llena a la laguna de Ulazapa. Lo que van a leer es lo que la Sirena me contó. Yo le dije, primero, lo que pensaban de ella sus vecinos humanos. Ella abrió grandes ojos de asombro, porque, como no entendía a los humanos, nunca se le ocurrió que sus actos pudieran ser mal interpretados.

¿Ella, una asesina? No, ciertamente

El viento hacía flotar su cabellera azul, que fosforescía con la luna. Su pecho palpitaba con una suave ondulación.

Su voz melodiosa teñía el aire de colores delicados, y recordaba campanadas y el viento entre las hojas.

Ella habría guiado a sus amigos al fondo de las aguas. Les había enseñado los lirios que susurraban en el fondo, la divertida danza de los cangrejos y la galería de los antepasados, donde están el Padre Cangrejo y la Madre Cangreja, el Abuelo Caballito de Mar y la viejísima Bisabuela Sirena Aureolus, muy seria, con sus gruesos anteojos de carey y su moño recogido por una espina de pescado.

Y los que descendieron, no quisieron volver. Se han quedado allá abajo, y van por el río al mar, y pasean entre los árboles antiquísimos por donde van bandadas de peces verdes, rojos, azules y dorados.

Todos los muchachos siguen enamorados de ella, pero ella a ninguno ha dado su amor. Por eso continúa saliendo a ver la luna, en espera de aquel, frágil y fuerte como el viento, a quien entregará su corazón.



Por
Ricardo
Lindo